

Los Libros

VIENTO DE MALLINES, por *Mariano Latorre*. Zig-Zag, 1944.

Mariano Latorre, que por su honda y esmerada carrera literaria ha recidido este año el Premio Nacional de Literatura, entrega a sus lectores su último manojito de cuentos bajo el título de *Viento de Mallines*, aliando bajo él dos constantes de la naturaleza cordillerana: la peligrosa y agresiva inquietud del aire, de una parte, y la quietud acogedora e indulgente de las cintas de vegetación que neutralizan la aridez risueña, de otra. También título que, antes que servir de marco estricto a su propio libro, nos anuncia, más bien denuncia, las preferencias temáticas del autor: si alguien iniciase el análisis de la obra toda de Mariano Latorre partiendo de los títulos y fijándose tanto en la homogeneidad de los objetos nombrados como en la actitud espiritual que los selecciona, terminarían de una vez, o por lo menos disminuirían a sus justas proporciones, muchísimos detalles a propósito de su literatura. Claro está que esto no es sino un detalle, sí, pero un detalle decisivo para un crítico que trascienda la mera noticia circunstancial.

Pareciéndonos que publicados y agotados *Hombres y Zorros* y *Mapu*, donde encontramos los relatos de la más completa realización inventiva e idiomática en su género, es inoficioso insistir, hablando de *Viento de Mallines*, sobre las cualidades de hábil y discreto prosista que singularizan a Mariano Latorre, que se ha elaborado de página en página una expresión siempre más dúctil y ceñida a sus intenciones, investida de esa elegancia

y livianura que es resultado de cualquiera cristalización conscientemente perseguida en aras de una clarísima y eminente finalidad. Por ello, nos limitaremos a destacar, primero: que es muy digno de alabanza el uso preferente de la frase corta a la frase larga, consiguiéndose una rapidez y energía expresivas altamente dinámicas, y segundo: que prima como un ventajoso recurso la técnica con que el autor se hace uno de ellos entre los protagonistas, pues de los once cuentos de *Viento de Mallines* seis están escritos en primera persona. Y conste que *El Aspado* y *La Carreta en la Montaña* son de varios años atrás; véanse: Latorre, *Sus Mejores Cuentos*, y Silva Castro, *Cuentistas Chilenos*. De donde se sigue que sólo se redactaron en forma impersonalizada: *El Difunto que se veló dos veces*, *El Manao y su Leyenda* (que es un simple esbozo para uno de toros) y *La Viña de Dios* es decir, tres de los nuevos y los dos antiguos.

Atendiendo al sentido de los relatos y a la preocupación de Mariano Latorre por desentrañar los atributos típicos de hombre y la tierra nos encontramos con que ha logrado un tremendo acierto del único hecho de poner en relación al uno y la otra: tres modos humanos de avaluar el mismo suelo. Primero, la modalidad afectiva con que le aprecia el propietario que se lo ha conquistado a fuerza de sudores de su frente y de callos de sus manos, afianzando un vínculo tan indisoluble como el del oxígeno y su función oxidante: la simbiosis del campesino y su campo, que es una especie de idilio agreste entre dos agresividades penetradas de mutua ternura en la rudeza. Después, la modalidad afectivo-utilitaria, más utilitaria que afectiva, con que el hombre semi-pueblerino y semi-rural, con pujos de heredero acaudalado y voluntarioso, se maneja con la tierra e influye sobre los pobladores de ella, ya se trate del mísero inquilino o del compadronador juez de campo: una relación de dominio entre paternal y desmandado, en cuyo fondo aun late un oscuro apego a lo que adquirieron los abuelos con los ahorros de la casineta y la yerba mate o los que hace poco gastaron sus vidas lim-

piando y arando los terrenos en que el nieto pasea sus miradas altaneras. Tanto monta pasar los inviernos en la ciudad que los veranos en el fundo: ya no existe la fusión y convivencia de propietario y propiedad agrícola. Y, por último, la modalidad del heredero, por definición refractario a la tierra en lo más íntimo de sí, pero que, por los efectos de su naturaleza medio soñadora e indolente bien podría desprenderse de su campo como mantenerlo en continua improductividad: mientras la necesidad no apremie déjeselo ahí a manera de cosa perdida, si apremia ya se verá qué empleo le damos, o se arrienda, o se trabaja en medias o se vende. Una sinopsis de la vida agrícola de Chile.

Los cuentos representativos de las notas indicadas son, respectivamente: *El Difunto que se veló dos veces*, *Era yo un chico*. . . y *Cóndor Viejo*. Además, hay en el primero una numerosa concurrencia de personajes sometidos a un pintoresquismo de costumbres y ambiente y a una movilidad en la pintura, mejor pincelada, de caracteres y en el desarrollo de la acción que nos parece el momento culminante de un proceso llegado a su madurez en los libros de Latorre citados al comienzo: equilibrio y recíproca fecundación de paisaje y seres animados. Pues en *El Difunto* . . . actúan los elementos completos de una casa típica de hacendado chileno de los que por su propio esfuerzo se han liberado del inquilinaje: una familia abundante de suyo y ensanchada por el aire patriarcal que incluye a los servidores e incluso vagabundos y vecinos sin quehaceres ni muy definidos ni muy urgentes. Este cuento es la más rica y auténtica de las galerías de hombres, mujeres y párvulos, tomados en varios aspectos simultáneamente que nos haya dado Mariano Latorre. Hay en el segundo la presentación y explotación de un detalle psicológico que hasta hoy nadie había recogido de la vida y psicología del pueblo chileno: el entendimiento tácito y la complicidad espontánea que en las picardías grandes o pequeñas ejercitan los adultos y los niños frente a cualesquiera situaciones o de diversión o de peligro, sobre todo de lo último. Una expresión li-

teraria perfecta de un fenómeno que es un mundo de realidad humana. Y hay en el tercero un conflicto de almas* de un dramatismo tal que honradamente nos asombró en un autor de quien se vocea a cada rato que únicamente descuella en la pintura de paisajes: el del hombre que se aferra a las quebradas más ariscas e inhospitalarias por el solo hecho de habitarlas en calidad de pastor o cuidador y el que está pronto a traspasarlas por venta a quien explote sus minerales. Polarización de sentimientos conseguida con un mínimo de recursos pero con la máxima vibración de ellos.

Tanto, y tal vez más, como los tres anteriores merecen especial comentario los cuentos: *On Dani y la yunta robada*, sobre la impermeabilidad y aún agresividad de la mente campesina para los tejemanejes de las medidas legales y sociales, que por lo común son un enciclopédico disparate acerca de su particular realidad personal y colectiva, *Si es Hombre, patrón...*, que apunta hacia el sentimiento de nacionalidad implícito en los espíritus sencillos y generosos del pueblo en sus variadas categorías: rotos, mineros, arrieros, etc. Por el escenario y los personajes este cuento nos recuerda los de *Cuna de Cándores*, con las naturales ventajas que le da el haberse escrito cuando el autor está en posesión de una técnica y un dominio cabales de sus recursos: mayor selección y aprovechamiento artísticos. *Mr. Long, de Kansas* es una interpretación medio burlesca pero sí muy verdadera del modo que nos miran los extranjeros de nacionalidad norteamericana, cuyo sentido comercial les ha desarrollado un gran amor por las riquezas naturales del país en proporción inversa a la estimación por los habitantes, y también del acomodo y provecho que algunos chilenos obtienen practicando el servilismo ante dichos señores. Aunque los cuentos enumerados merezcan el especial comentario de que hablamos, nos hemos de concretar a esta simple apuntación, e incluso renunciamos a tratar de los que nos faltan. Necesitan ellos un examen dilatado y nosotros someternos a la escasez de espacio.

Viento de Mallines nos presenta, de otro lado, a Mariano Latorre con ribetes de humorismo templado en un irónico escepticismo, que afina en esa confianza tan personalísima y honrada que ha obtenido en el trato con las cualidades de la raza y su paisaje. Es una causticidad peligrosa, en su misma inofensividad, para quienes sólo conciben la acción de gracias por nuestra tierra... Y, por último, este libro lleva un pequeño contra-tiempo: los lectores, entregados a la rapidez y brillo de su desarrollo, creen descubrir sus calidades a la primera lectura... y ello es falso. Mariano Latorre nos sorprende con algo difícilmente fácil, y vale tenerlo en cuenta.—GERMAN SEPÚLVEDA.



EN EL VIEJO ALMENDRAL, por *Joaquín Edwards Bello*

En un volumen perteneciente a las ediciones «Orbe», integrado por 635 páginas y setenta y un capítulos, se desenvuelve esta autobiografía que el autor atribuye a Pedro Lacerda y Alderete. Esta atribución se verifica por medio de un prefacio escueto, sin originalidad, que no es sino una sombra o calco de aquel que pusiera Dostoiewski a su obra «La Casa de los Muertos». Pero los defectos de este prólogo, sólo son accidentes de importancia para un poeta o estilista, mas no para el lector amorfo, invisible, para el cual será, a lo sumo, un mosquito en la frente de una estatua.

Los sucesos narrados por Lacerda y Alderete, hermano siamés de Joaquín Edwards Bello, acaccen en Valparaíso, Quillota, Viña del Mar, Santiago, Talcahuano y Bolivia. Como se puede apreciar, el anfiteatro de su acción tiene poco de «viejo Almendral» (un barrio de Valparaíso); éste, a lo más, actúa como puerto de matrícula en el que Pedro tiene su domicilio, y desde el cual sale y retorna en sus nerviosos ajetreos por un pequeño y financiero mundo.